

JUAN RAMON JIMENEZ "MAESTRO DE MAESTROS"

Aunque la costumbre de las «conmemoraciones» y «homenajes póstumos» se va convirtiendo en una manía casi obsesiva, creo que aprovechar una fecha para recordar a ciertas figuras dignas de nuestro recuerdo es oportuno. En esta ocasión, la figura es Juan Ramón Jiménez. Murió en Puerto Rico el día 29 de mayo de 1958. Hace ahora, pues, exactamente quince años.

PENSO que entre los lectores de poesía tiene Juan Ramón Jiménez un gran número de admiradores que no leen su obra. Son más bien admiradores de un recuerdo: el de la primera lectura de *Platero y yo* y algunos poemas de la *Segunda antología poética*, todo ello, tal vez, leído hace muchos años y guardado como un trozo del pasado sobre el que no se ha vuelto y acaso se teme volver. ¿Por qué? (No, no habrá desilusión.) Entre los poetas y críticos, Juan Ramón empieza a estar «a la última moda». No lo estuvo durante muchos años: los veinticinco primeros —o más— de la posguerra española. Antes —mucho antes—, para los poetas que allá por la década del veinte nacieron a la vida literaria —el grupo que hoy conocemos como la generación poética de 1927—, Juan Ramón fue el maestro indiscutible, a pesar de los posteriores alejamientos, enemistades furiosas y sonados tiroteos literarios. Varios poetas de la generación del 27 dan fe de lo que en aquel entonces significó el magisterio de Juan Ramón. Un testimonio valioso, son las palabras de Rafael Alberti, recogidas en un reciente número de TRIUNFO. El mismo, en 1969, desde Roma, imagina a un Juan Ramón que aún puede escucharle, para dirigirle estas conmovedoras palabras: «Antonio Espina, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, García Lorca, Bergamín y yo... y algo después Altolaguirre, Prados, Cernuda, Aleixandre, íbamos siendo registrados, señalados por ti, como estrellas nacientes en el cielo poético de España... Pienso que nunca volverá a existir otro poeta más escuchado, más querido que tú en aquellos años».

EL «LOCO» DE MOGUER

El lector medio de poesía —no el profesor de Literatura o el crítico, quienes, por obligación, tienen que saber algo más— sabe, sin duda, que Juan Ramón Jiménez nació en Moguer, que se casó con la legendaria Zenobia Camprubí —compañera, secretaria, chófer, etcétera, del poeta—, que salió al exilio durante la guerra civil y en el exilio murió... Sabe que en 1956 obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Ha leído, desde luego, *Platero y yo* y la *Segunda antología poética*, y sabe que Juan Ramón publicó otros libros menos conocidos... Ha oído decir que el poeta era un ser excéntrico y raro; ciertamente, lo era: él mismo nos lo dice en un capítulo de *Platero y yo*, cuando describe a los niños de Moguer, gritando tras él: «¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!». En general, se suele imaginar a Juan Ramón como un ser huraño, solitario, intratable y totalmente despreocupado por los demás. Lo cual es verdad a medias, porque a veces era todo eso. Mas otras veces ansiaba la comunicación con todo el mundo; podía ser cordial; no era, desde luego, el genio superior que no quiere cuentas con los otros. En sus buenos momentos —cuando no sufría alguna de sus frecuentes depresiones, que le hacían «intratable»— se preocupaba por la gente: sobre todo, por los jóvenes. Quien le conoció en una buena época —por ejemplo, entre los años 1952 y 1954, en Puerto Rico— sabe el enorme interés que el poeta, entonces también profesor, prestaba a todos sus alumnos: muchos son los casos de —entonces jóvenes— aspirantes a escritores que, estimulados por él, se atrevieron a lanzarse al mundo de la letra impresa.

AURORA DE ALBORNOZ



Juan Ramón y Zenobia, recién casados (1916).

EL HOMBRE Y SU TRABAJO

En nuestro mundo literario es Juan Ramón uno de los más notables ejemplos de vocación. Desde muy pronto se supo poeta y supo que ser poeta es jugar su vida por la poesía: luchar por cumplirse como artista de la palabra. En sus reflexiones —escritas en prosa en diversos momentos de su vida— podemos ver que, contra lo que suele creerse, Juan Ramón no separa vida y poesía, ni separa

al hombre del poeta. Todo lo contrario. Para él, vida y poesía son una misma cosa: por eso consagra su vida a la poesía. Tampoco concibe al artista —al poeta— como un ser distinto de los demás. Lo que sí tiene muy claro es que cuando un hombre —en su caso, el hombre Juan Ramón Jiménez— es poeta, su primera obligación —su «trabajo», decía él— es hacer poesía. Al dar lo mejor de sí como poeta, cree dar lo mejor de sí como hombre: por medio de la obra se cumple humanamente; llega a ser «hombre último», empleando su propia expresión.

¿Cuándo se supo poeta? ¿Cómo vivió sus primeros años? No digo nada nuevo si recuerdo que nació en Moguer, en la Nochebuena de 1881. Fue un niño de «familia bien» —como suele decirse— y rica, aunque luego vino la ruina económica. Su primera infancia debe haber sido lo que solemos llamar feliz. Moguer, con su barrio marinero —en aquel entonces—, con sus campos, sus viñedos —muchos pertenecían a la familia de «Juanito»—, sus pinos, sus gentes, sus innumerables «Plateros» —esos deliciosos, únicos «Plateros» andaluces— será una presencia imborrable en toda su obra. Las mejores páginas de *Platero y yo* son, acaso, las dedicadas a los paisajes y personajes moguerinos. Muchos años más tarde, desde su vejez y desde su exilio, el poeta seguirá soñando con aquel Moguer infantil: «Cuando yo era el niño, era Moguer, este pueblo, una blanca maravilla; la luz con el tiempo dentro./ Cada casa era palacio y catedral cada templo; estaba todo en su sitio, lo de la tierra y el cielo; y por esas viñas verdes saltaba yo con mi perro, alegres como las nubes, como los vientos, ligeros».

Juan Ramón recibió una educación tradicional: Colegio de Jesuitas de Puerto de Santa María, primero; luego, Universidad de Sevilla, donde, por decisión de su padre, habría de estudiar Derecho. Sin embargo, estudió pintura —que creyó su primera vocación—, devoró poesía, escribió sus primeros versos que publicó un periódico sevillano, se relacionó con el mundo literario de Sevilla. Posteriormente, se comunicó con poetas residentes en Madrid; en 1898 lo encontramos colaborando en la revista madrileña «Vida Nueva».



Juan Ramón, en Washington (1945).



Con Jorge Gullén, a su derecha, y Pedro Salinas, en su casa de la madrileña calle de Lista número 8 (1934).

Acaso ya está claro para el joven lo que quiere hacer con su vida. Sin embargo, un momento definitivo debió serlo el día aquel de principios del año 1900 —ya otra vez en Moguer—, en que llega a sus manos una tarjeta de Villaespesa invitándole a venir a Madrid a unirse con los poetas modernistas para luchar por la «nueva poesía». Junto a la firma de Villaespesa hay otra: un nombre que resume toda una época: Rubén Darío.

Juan Ramón viaja a Madrid, mas pronto se cansa de la capital y de la bohemia. Pero ha conocido a los nuevos poetas del momento, que le llaman «hermano». Y nacen sus dos primeros libros gemelos, *Ninfeas* y *Almas de violeta*; dos libros que luego querrá borrar de su bibliografía y que hoy vemos como su prehistoria.

La primera crisis defensiva fuerte viene como consecuencia de la muerte repentina del padre, suceso que afectará a Juan Ramón durante toda su vida; a partir de ese momento se obsesiona ante la idea de su propia muerte: por eso quiso vivir siempre cerca de médicos y pasó muchas temporadas internado en sanatorios. La muerte llega a convertirse en auténtico terror que dominará su existencia humana, aunque en su obra —donde quiere dejar lo mejor de sí— llegue a mirarla frente a frente y a aceptarla como la otra cara de la vida. Su primer sanatorio-residencia es Castel d'Andort, cerca de Burdeos (1901); luego, de vuelta en Madrid, residirá en el Sanatorio del Rosario. En 1905 regresa a Moguer: seguro de una muerte próxima, quiere estar cerca de los suyos, según les dice a sus amigos. En Moguer permanecerá hasta 1912, fecha en que vuelve a Madrid.

Durante todos esos años, sin embargo, Juan Ramón ha creado y publicado mucho. En sus momentos de crisis se separa de todo, incluso abandona la labor creadora; pero cuando trabaja lo hace en serio: desde el amanecer, escribe, corrige, organiza sus libros, hace numerosos proyectos... En 1903 había publicado su primer libro importante: *Arias tristes*, recibido por críticos y poetas con entusiasmo. Antonio Machado —que acababa de publicar *Soledades*— le dedicó unas bellas páginas; Rubén Darío escribió: «Tu

Un buen verano:
la elegancia
se une a la comodidad
en los trajes

Boyman
Diolen



Llegar, ver y vestir **Boyman**
la máxima calidad

Boyman
Diolen

sino te ha puesto al nacer un rayo lunático y visionario dentro del cerebro». El libro siguiente, *Jardines lejanos*, es aún superior al primero. Las publicaciones de poesía se suceden: cada una es una novedad, aunque hoy veamos en esos primeros libros grandes logros y grandes caídas. Es preciso también recordar que Juan Ramón fue desde muy pronto iniciador y promotor de publicaciones y revistas. Figura, por ejemplo, entre los fundadores de la revista «Helios», la más representativa del modernismo español.

El encuentro con Zenobia Cam-

prubí se produce en Madrid, en 1913. En 1916, Zenobia y Juan Ramón se casan en Nueva York. El momento coincide con la publicación de una serie de libros importantes. *Platero y yo* y *Estío*, por ejemplo. En 1917 sale el *Diario de un poeta recién casado*, que Juan Ramón —ya en su vejez— consideraba su libro mejor. A partir de *Diario* —escrito en verso y prosa—, la poesía se hace más esencial, más desnuda —diría él—. Nunca «intelectual» —en el sentido peyorativo del término— ni fría. De hecho, Juan Ramón rechazó siempre la poesía

Luz de la atención.

(S. B. S.)

¿Qué grato ver correr,
entre la dulce orilla de mi alma
y la de la eternidad dulce,
el río de la vida toda;
llenarlo de sonrisas y de flores
para todos!

(J. R. J.)
¡Qué grato ver correr
entre la dulce orilla de mi
[alma

y la de la eternidad dulce,
el río de la vida toda;
llenarlo de sonrisas y de flores
para todos!

Luz de la atención.

(Rabindranath Tagore)

¿Dónde está la palabra, corazón,
que enternezca te, ¡por el mundo duro;
que le dé para siempre — y sólo ya—
fortaleza de niño
y defensa de rosa?

(Rabindranath Tagore)
¿Dónde está la palabra, co-
[razón,
que enternezca de amor al
[mundo duro;

que le dé para siempre — y
[solo ya—
fortaleza de niño
y defensa de rosa?

De Luz de la atención, libro inédito, escrito entre 1918-1920. (Del archivo particular de Francisco Hernández Pinzón Jiménez.)



JUAN RAMON JIMENEZ

puramente intelectual, conceptual: la poesía —lo dijo muchas veces— nace siempre del instinto, aunque la inteligencia —inteligencia artística— esté en ella.

Eternidades, Piedra y cielo, Poesía, Belleza son una serie de libros fundamentales, publicados entre 1918 y 1923. La **Segunda antología poética** salió en 1922. En ella están representados todos sus libros —excepto los dos de 1900— hasta **Piedra y cielo**, inclusive; figuran también una serie de poemas pertenecientes a libros proyectados, y no publicados en forma completa. No están ni **Poesía**, ni **Belleza** —ambos de 1923—, ni la obra posterior, que es muy amplia y, en opinión de Juan Ramón —y de muchos críticos—, superior, en general, a casi toda la anterior. Durante la década del veinte y primeros años de la del treinta, Juan Ramón escribió muchísimo, pero no publicó libros. Recogió sus trabajos —en verso y en prosa— en una serie de «Cuadernos» que editó durante esos años. Gran parte de la poesía publicada en los «Cuadernos» se recogerá —mucho tiempo después— en uno de sus libros fundamentales: **La estación total**

con las canciones de la nueva luz. Fundó revistas. Y además —como dije, o mejor, dijeron Alberti y otros— descubrió y alentó a una serie de poetas jóvenes: a los mismos contra los que, poco más tarde, disparará furiosas pedradas, con frecuencia, en forma de ingeniosos aforismos. (Justo es, sin embargo, recordar que algunos discípulos, que aprendieron bien muchas lecciones del maestro, no se quedaron cortos en sus respuestas.)

EL EXILIO. LA MUERTE

En 1936, la vida de Juan Ramón cambiará radicalmente. Durante la guerra civil, como tantos otros escritores, salió hacia el exilio y en el exilio permaneció hasta su muerte. El Presidente de la República, Manuel Azaña, le ofreció un alto puesto diplomático; él aceptó sólo el de agregado cultural honorario en la Embajada de Washington.

De Washington pasó a Puerto Rico —donde estuvo sólo unos meses— y luego a Cuba, donde residió unos pocos años. En ese momento —y por primera vez en

su vida—, el poeta comienza a dar conferencias, a tomar parte en actos públicos y hasta hacer declaraciones políticas, no publicadas aún en España, por cierto. No escribe poesía. No puede. El choque producido por la guerra civil y por el exilio interrumpe su labor creadora. De nuevo vuelve a Estados Unidos —primero a Florida, luego a otros lugares—. Son años de angustiosa nostalgia de España, y de la lengua española. Sus nostalgias quedan escritas en unas inolvidables páginas en prosa, **El español perdido**, y en la poesía que recomienza en tierras de Florida. En Estados Unidos inicia su vida como profesor universitario. Sin embargo, el ambiente y, sobre todo, el alejamiento de su lengua, le hacen sentirse incómodo. En 1948, un viaje a Argentina y Uruguay —en ambos países lo recibieron en forma apoteósica, como si fuese una estrella del cine o del deporte— lo acerca a su lengua perdida. En 1951 —tras una enfermedad y grave crisis anímica— decide trasladarse definitivamente a Puerto Rico.

En Puerto Rico tuvo unos años buenos; muy buenos. Entre 1952

y 1954 fue profesor de Literatura en la Universidad; dictó unos interesantes cursos sobre «Modernismo». Acudía regularmente a las clases, dos o tres veces por semana. Además, dirigió revistas, tomó parte en proyectos editoriales, dio varias conferencias en centros culturales, dio infinitas charlas para los niños de las escuelas elementales. En la «Sala Zenobia-Juan Ramón», de la Universidad de Puerto Rico —donde se conserva buena parte de su biblioteca y documentos muy valiosos—, solía verse siempre rodeado de jóvenes o de niños. Su labor —me refiero ahora a la puramente humana— en ese momento fue, sin duda, positiva; como, al parecer, lo había sido antes en Cuba, según cuentan algunos escritores —jóvenes entonces, hoy en su plenitud creadora—. Podemos afirmar que los países de Latinoamérica que lo acogieron como residente o como visitante, guardan de él un gran recuerdo.

Sobre la obra última quiero sólo señalar que entre 1940 y 1954 —aproximadamente— escribió su mejor poesía —y discúlpe-seme este juicio tan personal—. **Animal de fondo** es su libro del período más conocido en España; sin embargo, la culminación de su obra poética está, acaso, en algunos poemas breves y, sobre todo, en el extenso e intenso poema que tituló **Espacio**.

En 1954 cayó en una depresión de la que ya no pudo salir. La muerte de Zenobia, en 1956, lo dejó literalmente aniquilado. En 1957 ó 1958, Juan Ramón ya no era el excéntrico, ni el raro, ni el loco de Moguer. Era la imagen misma de la soledad. No estaba solo. Le rodeaban médicos y enfermeras, su sobrino Paco Hernández Pinzón, el rector de la Universidad, profesores, escritores, estudiantes, amigos... Sin embargo, parecía un «huérfano en medio de la vida», como muchos años antes se viera en un poema. Seguía temiendo la llegada de la muerte y, al mismo tiempo, se dejaba morir: sabía acaso que su obra en la tierra estaba cumplida. Una caída grave —con fractura de la cadera— fue el principio del final. Luego sobrevino una bronconeumonía. La vida del hombre Juan Ramón Jiménez se acabó en el amanecer de un 29 de mayo. ■ A. DE A.